

Antonio de Benito

Libros salvavidas

Me acerqué despacio hasta él, lo encontré pálido. Se notaba que el sol había castigado su cara durante estos dos días infernales. Le pregunté cómo estaba e intuí una vaga sonrisa. Era mi libro “Poemas de una vida”, apenas había cumplido dos semanas y ahora su colorida portada no brillaba tanto. A continuación, miré al resto de mis acompañantes en la que, probablemente, sería mi última travesía; allí, en el bote salvavidas, dando gracias porque la tempestad no me había engullido como a mi barco.

Apenas tuve tiempo de coger una botella de agua y los libros que pude abarcar con un brazo: el delgado poemario, un diccionario del mar, un álbum de fábulas clásicas, una revista del corazón y un libro de aventuras. Soy escritor y, de vez en cuando, me hago a la mar en busca de inspiración. En esta ocasión, la suave brisa que alberga mi alma, se convirtió en tempestad y vago a la deriva, solo con mis cinco acompañantes.

No sé si fue la desesperada necesidad, la falta de hidratación o lo que llaman destino, pero quedé sumido en un sueño profundo del que sólo me despertó un seco sonido y la imagen de un tiburón a dos palmos de mis incrédulos ojos. Instintivamente cogí lo primero que tenía a mano, introduje el diccionario del mar en las fauces del escualo y éste pareció conformarse con el preciado bocado y se marchó buceando. Creo que aquel diccionario me salvó la vida.

Comenzó a llover y no tuve más remedio que improvisar un chubasquero con algunas hojas las satinadas de la revista. Con el resto de las páginas me tejí un fajín para no pasar frío durante la tormenta. La revista del corazón me libró de una buena pulmonía.

Una de cada cinco personas no puede leer este texto

La tormenta amainó, pero se llevó con ella el único remo de la barca. Me encontraba perdido en mitad de alguna parte del océano y sin remo. Entonces, miré al álbum de fábulas clásicas y pensé que mi única opción era emplearlo de remo. De esta forma conseguí desplazarme unas cuantas millas, las suficientes para mantener la ilusión de vivir. El álbum de fábulas, improvisado remo, me salvó de una muerte segura. Casi exhausto di con mis huesos en una playa, pero la debilidad se había apoderado de mi cuerpo y apenas podía moverme, necesitaba alimentarme urgentemente. El esfuerzo, la falta de agua y comida comenzaban a pasarme factura. No tenía otra posibilidad. Miré a mi libro de poemas como un enamorado mira a su reina antes de besarla. Lo saboreé lentamente, cada página, cada poema me costaba menos comerlo, nunca pensé que un soneto pudiera tener sabor tan exquisito o que paladearía gustosamente la rima consonante de unos versos endecasílabos. Lo devoré con auténtico placer, desde el prólogo hasta la dedicatoria final. Delicioso. Mi poemario me había salvado la vida.

Recobré escasas fuerzas, las suficientes para intentar explorar la playa desierta que me contemplaba. Pero a los pocos pasos me encontré rodeado de indígenas. Y sin conocer definitivamente sus intenciones, supe que mi vida volvía a pender de un fino hilo, el que yo había ido estirando gracias a mis fieles acompañantes. Y sólo me quedaba uno, el cuento de aventuras. Decidí obsequiárselo al que parecía ser el jefe del grupo. Lentamente lo tocó y observó con curiosidad. Como lo cogió del revés, se lo coloqué correctamente mientras yo me situaba muy cerca. “Lectura, libro”, dije con la mejor de mi pronunciación. Los demás indígenas se acercaron a la señal del jefe y me rodearon. Comencé a leer suavemente y comprobé que les gustaba, tanto que se sentaron junto a mí. El cuento de aventuras, nuevamente un texto, había salvado mi vida.

Poco a poco mi voz se confundía con otra voz que me resultaba familiar, por fin, abrí los ojos y pude escuchar: “Son las ocho de la mañana, las siete en Canarias”. Instintivamente miré a mi mesita y, junto al radio-despertador, vi apilados unos cuantos libros. Pensé que continuarían salvando vidas.